

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

PORQUE RECIBIRÁN CONSUELO

PREVIOS

LOCAL

Lugar habitual de reunión

AMBIENTACION

Ninguna en especial

MATERIALES

Los anexos impresos.

DURACIÓN

1 hora 50 min

ÁMBITOS CONTENIDOS

- » Profundización en los elementos fundamentales de nuestra fe.
- » Comunicación de vida y fe.
- » Promover dinámicas de revisión de vida.

OBJETIVOS DEL ENCUENTRO

Acercar a los jóvenes el mensaje del Sermón de la Montaña, concretamente, centrándonos esta vez la respuesta de Jesús a aquel que sufre.

DISeÑO Y DESARROLLO DE UNA SESIÓN

ACOGIDA

Se recibe a los jóvenes con normalidad y se pregunta por el transcurso de la semana.

INTERIORIDAD/ORACIÓN

(10 min)

Comenzamos escuchando la siguiente canción que habla del momento en el que Calasanz se entera de que van a cerrar las Escuelas Pías:

<https://www.youtube.com/watch?v=LAFzLzkSa9Q>

Dejamos unos instantes y leemos Mt 5,4:

“Felices los que lloran, porque recibirán consuelo”

Dejamos otros instantes de silencio y luego cada miembro del grupo puede, en tono oracional, compartir lo que ha suscitado en él la canción o el versículo o cualquier cosa que quiera hacer presente en la oración.

Continuamos con la sesión tras un:

“San José de Calasanz

Ruega por nosotros”

movimiento
calasanz



arje
Proyecto Marco
de Pastoral

arje

DINAMICA DE TRABAJO (SECUENCIADA)

Primer momento, compartimos (10 min)

Dejamos un rato para que cada uno comparta lo que entiende de esta bienaventuranza en un diálogo.

Segundo momento, testimonios (15 min): Repartimos los textos de los tres anexos y pedimos a alguien que lea en voz alta el primero.

Dejamos unos instantes para que cada uno escriba lo que le ha suscitado.

Repetimos el procedimiento con los anexos 2 y 3.

¿Qué tienen estos textos que decirme a mí y a mi modo de entender la Bienaventuranza?

Tercer momento, algunas claves (30 min)

Leemos y vamos comentando. Nos centramos en las claves que sean necesarias, no importa sino tocamos todas. (Rafael AGUIRRE. Sal Terrae. Nº 1.064. Febrero 2003)

Jesús parte de una honda experiencia de Dios, a quien siente cercano y presente, y anuncia su reinado como la dimensión última de la realidad, desde la cual se puede ya vivir con gozo y confianza, pero que un día se manifestará en toda su grandeza y plenitud, atravesando las apariencias e iluminando la oscuridad con su luz.

El Reinado del Padre no puede ser sino realización de la fraternidad entre sus hijos. ¿Somos conscientes de que la fraternidad sólo es posible desde la filiación? Somos hermanos porque nos sentimos Hijos de Dios.

El Reino de Dios es una expresión bíblica típica de los momentos de máxima opresión histórica.

Jesús ve este cambio que provoca la llegada del Reino ya en trance de realización, y está tan imbuido de la experiencia de Dios que considera posible vivir ya ahora desde el Reinado del Padre como realidad definitiva. Para Jesús, en medio de la pobreza, la opresión y las mayores carencias, sin dejar de sentir todo su dolor e in-

humanidad, se puede vivir un gozo profundo, porque se siente que está ya irrumpiendo un mundo nuevo que viene del amor de Dios Padre.

De ninguna manera se considera la pobreza, el sufrimiento, el hambre o la persecución como realidades positivas, como si tales situaciones favoreciesen el surgimiento de actitudes más religiosas o de valores morales. Todo lo contrario: son males que se oponen radicalmente al plan de Dios y que retrocederán hasta ser aniquilados, en la medida en que se manifieste y se acepte a Dios y su amor. ¡Dichosos los pobres, los afligidos, los hambrientos, todos los desgraciados... porque el Reino de Dios está irrumpiendo, y vuestra liberación es inminente! Las bienaventuranzas no son sino la explicitación de la proclamación del Reino de Dios, que constituye el centro del anuncio de Jesús de Nazaret. Los clamores de los afligidos también hoy son impresionantes; por tanto ¿cómo anunciar el amor de Dios en medio de este panorama? ¿cómo proclamar las bienaventuranzas a su destinatario preferente, los hambrientos, los afligidos y los pobres? Las Bienaventuranzas tienen que resonar como la proclamación del amor de Dios a una humanidad sufriente, y el gran problema es que el cristianismo aparece en nuestro mundo como la religión de los ricos y, con mucha frecuencia, representado por los sectores más ricos y por instituciones bien acomodadas. Una Iglesia que quiere «consolar a los afligidos», con toda la carga bíblica que esto supone, tiene que seguir con radicalidad a Jesús crucificado y ser profundamente solidaria con los pobres. Estas palabras de Jesús son «más cortantes que espada de dos filos y nos dejan patentes y desnudos a sus ojos» (Heb 4,13-14). Solo cuando se asume, como Jesús, la causa de esta gente, cuando se arriesga la vida con ellos y se llega al límite de las posibilidades humanas para que se les haga justicia, sólo entonces se puede -y cristianamente se debe- invocar el amor y la justicia de Dios como lo que da sentido último a su vida y a toda la realidad. Anunciar el evangelio no es hacer publicidad,

sino dar testimonio.

La experiencia nos dice que las crisis son signo de crecimiento y camino obligado para la liberación.

Una opción imprescindible del cristiano es la atención personal a los que sufren. Podemos seguir un doble camino para aliviarlos: suprimir el dolor en la medida que esté en nuestras manos hacerlo y ayudar a los hombres a dar sentido al sufrimiento. Encuentra sentido a su dolor el que sale de si mismo y se abre a los otros, sobre todo al totalmente Otro.

CONCLUSIONES Y RECOGIDA FINAL

(30 min)

Leemos en alto y despacio las siguientes preguntas, en base a lo vivido cada uno escoge aquella a la que quiere dar respuesta hoy:

Relaciones humanas(amigos/pareja)/Familia: ¿cómo respondo ante el sufrimiento de los que tengo cerca?.

Relación con Dios: ¿mi confianza, mi seguridad, están puestas en Jesús y su Evangelio o en los valores del mundo?.

Experiencia de Dios: ¿en mi vida, en qué momentos ha sido Dios mi consuelo?

Opción por los pobres: ¿mis opciones construyen el Reino o provocan situaciones de injusticia?, ¿estoy del lado de los crucificados o del lado de los que crucifican?.

Estilo de vida cristiano: ¿en mi estilo de vida se refleja la lucha por la justicia?, ¿provoca esto persecución?, ¿cómo vivo yo mi propio sufrimiento?, ¿es mi dinero un instrumento al servicio de los que sufren o sólo es mío?.

Estudios/trabajo/Vocación: ¿para quién es mi trabajo?, ¿de quién son las lágrimas que voy a limpiar?, ¿quién llora a mi alrededor?

Compartimos brevemente.

ORACION FINAL Y ENVIO

(15 min)

Concluimos leyendo el siguiente evangelio: «Bienaventurado sea el Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Cor 1,4).

Cada uno realiza una petición al Padre por el sufrimiento del mundo. Nos incluimos en ella disponibles para ser instrumento de Dios y no caer, como San José de Calasanz tampoco hizo, en el desasosiego.

Terminamos con un Padrenuestro.

arte



escolapios betania



www.escolapiosbetania.org



HABLA HANNA, UNA SEGUIDORA DE JESÚS

(Dolores Aleixandre. *Catequistas* n° 141. 2002)

Cuando escuché proclamar a Jesús: *Dichosos los que ahora lloráis ' porque reiréis* (Lc 6,21) confieso que mi primera reacción fue de asombro y luego de rebeldía. ¿Qué sabe él de sufrimiento y de lágrimas?, pensé. Conociendo a María, su madre, y por lo que había oído decir de José, su padre, su infancia no había podido ser desgraciada. Había tenido familia, un hogar y trabajo y era imposible que supiera por su propia experiencia, como yo y otros muchos, lo que eran el dolor, el desamparo y el llanto.

» Es verdad que cada vez estaba más acosado por los fariseos y escribas y que tenía toda la clase sacerdotal en contra, pero sabía encarar sus críticas con astucia y valentía y solía salir airoso en las confrontaciones con ellos.

» Sus palabras se convirtieron para mí, y creo que para los demás, en un laberinto sin salida hasta el día en que, al llegar a la puerta de la ciudad de Naim, nos topamos con un cortejo fúnebre. Había una especial consternación en la comitiva porque el muerto era un joven, hijo único de una viuda, y partía el corazón verla caminar tambaleante y deshecha por el dolor, junto al féretro del cadáver del muchacho. Pensé con cierto sarcasmo que, según la convicción de Jesús, aquél era un buen momento para prometer la dicha a aquella mujer inundada en llanto y que sus lágrimas se convertirían en risas.

» Le miré para saber su reacción y me di cuenta de que estaba profundamente afectado por la escena: como movido por un impulso, se acercó a la mujer, le puso la mano en el hombro y le dijo con el tono de decidida autoridad que ya le había escuchado en otras ocasiones:

- *No llores.*

» Después se acercó al féretro y, desafiando la severa prohibición de la ley judía en torno a los cadáveres, tocó el cuerpo inerte del muchacho. Lo que ocurrió después, todos lo presenciamos asombrados, pero, más allá de la admiración por aquel signo del poder de Jesús sobre la muerte, yo supe que se me abría una pequeña puerta para adentrarme en el mundo del sufrimiento y del dolor: no desaparecía nada de su misterio, ni tampoco de la urgencia de luchar contra todo mal y toda opresión. Pero podíamos hacerlo desde la seguridad de que entre nosotros estaba alguien que nunca se resignaría a nuestras lágrimas, y que con su poderosa compasión era capaz de cambiar su signo de manera irreversible. Recordé las palabras del profeta: *En aquel día, el Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros.* (Is 25,7). Y supe que ese día ya había llegado y que la presencia del Dios que se le llama "el Compasivo", nos acompañaba ya, como el pastor que camina al lado de su rebaño cuando tiene que atravesar las cañadas oscuras de la desolación. Y esa presencia convertía nuestro luto en danza y nuestras lágrimas en fiesta.

arte



HABLA ANA, UNA DISCÍPULA DE HOY

(Dolores Aleixandre. *Catequistas* n° 141. 2002)

» La verdad es que no tengo ni idea de cómo hay que entender lo de *“Felices los que lloran”*. Cuando escucho la bienaventuranza de los pobres de espíritu, los mansos y los limpios de corazón, pienso que es verdad, que esconden en su interior un secreto de alegría y de libertad. Y me resultan más fáciles de entender, junto con las de los misericordiosos, los hambrientos de justicia y los constructores de paz.

» Pero ya, no sé qué hacer con lo de la tristeza y las lágrimas: no me sirve de mucho entenderlo sólo como responsabilidad de «secar lágrimas» porque siento que es muy poco lo que puedo hacer ante santísimos sufrimientos del mundo. Tampoco me gusta eso que a veces oigo sobre la capacidad de compasión que surge a partir de la experiencia del sufrimiento (veo que otras personas se amargan y se cierran...). Y, por supuesto, no estoy de acuerdo con lo de que esperar al otro lado de la vida, cuando se abra la puerta de la Casa del Padre, porque lo que leo es una proclamación de felicidad para el aquí y ahora del que está sufriendo ¿Querrá decir no que se es feliz cuando se llora, pero que las lágrimas impiden que nos encerremos en nosotros mismos y hagan posible recibir consuelo de otros?

» Así que me encuentro sola frente al muro del misterio del dolor y no sé qué decir al que sufre.
» Al creyente quizá le diría que abra su corazón a la confianza, que no cese de buscar a Dios porque Él se le hará próximo. Pero, ¿qué decir al que no cree y sufre? Creo que lo único que puedo hacer es permanecer en silencio junto a él, no escapar de su dolor, dejarme afectar también por él, aunque tratando de que no me destruya.

» Ponerme luego ante Dios con mis manos vacías, pobremente, presentándole a esa persona que amo y que sufre. Recordar las palabras de Jesús a la madre del muchacho muerto de Naim: *No llores*. Tomar la decisión de confiar, por encima de todo desánimo, en la promesa del último libro del Nuevo Testamento:

Esta es la morada de Dios entre los hombres: morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Les enjugará las lágrimas de los ojos y ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado. Y el que estaba sentado en el trono dijo: Mira, yo hago nuevo el universo.

arte



escolapios betania



www.escolapiosbetania.org



HABLA ANA, UNA DISCÍPULA DE HOY

(Dolores Aleixandre. Catequistas nº 141. 2002)

O'swiecim, Auschwitz; el infierno en la tierra. O'swiecim, como se dice en polaco; Auschwitz, como lo llaman los alemanes, es el exterminio perfectamente organizado de la dignidad y de la vida humanas. Pero incluso en aquel infierno sin parangón de tortura, muerte y crueldad, hay hombres que atemorizan por su crueldad a quienes les rodean, por más curtidos que estén. "Cara de dogo" es uno de esos hombres. Así llaman los presos al jefe de campo, Fritsch.

Un día de agosto del año 1941, de un calor asfixiante, llamó a los ochocientos prisioneros del bloque 14 en donde se pasaba revista. Uno de los detenidos del bloque 14 había conseguido huir durante las tareas de recolección. Por ello, sus compañeros de bloque debían permanecer cuadrados desde las ocho de la mañana a pleno sol, sin desayuno, comida ni agua. Los vigilantes les mostraron un cubo de sopa, y luego lentamente la fueron arrojando a un desagüe. El que caía desmayado, recibía una paliza y era arrojado a una esquina de la plaza de revista.

Por la tarde de aquel día terrible apareció por fin el jefe del campamento, Fritsch, llevando un mensaje que equivalía a una sentencia de muerte: no había sido posible encontrar al fugitivo. En consecuencia, debían morir diez de sus camaradas de bloque. Fritsch comienza a pasearse por las filas, alargando el tormento, con la mirada siniestra de un dios vengador, buscando sus candidatos. Cuando la elección recae en el sargento polaco Franciszek Gajow-

niczek, que había huido de un campamento de prisioneros de guerra, en medio del silencio de muerte prorrumpe en unos gritos terribles llorando por su mujer y sus hijos a los que nunca volverá a ver. Entonces, una figura escuálida avanza entre las filas de prisioneros, se acerca al jefe del campamento y, en voz baja pero con palabras insistentes, comienza a tratar con él. Es una escena tan inaudita que los vigilantes armados se olvidan de disparar. El diálogo que siguió forma ya parte de la historia de la Iglesia:

"Quiero morir en lugar de ese hombre", le dice el detenido que lleva el número 1 6670 a 'Cara de dogo'. El jefe del campamento se limita a preguntar sin comprender: "¿Qué quiere este cerdo polaco?". "Soy sacerdote católico. Quiero morir por ése", repite el prisionero, señalando a Gajowniczek. Y al preguntarle por qué, da una razón sencilla y absolutamente heroica, la única que podía convencer al hombre de las SS, interesado por la mano de obra de sus esclavos: "Yo soy viejo y estoy solo, y él tiene mujer e hijos".

"¡Es un cura!", dice el jefe del campamento en tono de burla a su ayudante. Y luego, en tono escueto y militar, un tanto divertido, responde: "¡Aceptado!"

Para los testigos oculares es todavía hoy un enigma que el comandante entrara en tratos con un "cerdo polaco", un mero número preso, un cura", y que consistiera en aceptar su ofrecimiento. Exactamente igual podía haber enviado a los dos al verdugo. El sargento Gajowniczek volvió a nacer aquel día. El que va a la muerte por él se llama Raimundo Kolbe, y es un padre franciscano que en su religión es conocido con el nombre de Maximiliano. Cuando voluntariamente se hace inscribir en las listas de muerte tiene cuarenta y siete años.

"Fue como una descarga atmosférica, como un rayo -dice el compañero de prisión de Kolbe,

Nicet Wlodarsk, recordando aquel día-. Una enorme sacudida recorrió todo el campamento". Y los supervivientes de Auschwitz están de acuerdo en que sólo esta vez un prisionero dio su vida por otro. Su muerte por otro, que él realizó con toda naturalidad, sin gestos heroicos, le aseguró a Maximiliano Kolbe, mucho antes de su definitiva beatificación eclesiástica el 10 de Octubre de 1982, un puesto en el cielo de los santos del pueblo polaco. La muerte en el bunker de la muerte y la incineración en el crematorio fueron el punto último en el que confluyó una vida movida por una fe radical.

Dos meses después de haber ingresado en el campo de concentración ocurrió el suceso que hemos descrito; el padre Kolbe en el llamado bloque de la muerte en lugar del padre de familia Gajowniczek. El bunker era la invención más siniestra en el repertorio de aniquilamiento del campo de concentración. Celdas de nueve metros cuadrados, sin catres, y como único mobiliario un cubo para las necesidades personales. Los candidatos a la muerte eran abandonados aquí a sí mismos hasta que morían de hambre o de sed. Cada dos días se abrían, unos minutos las celdas para sacar los cadáveres. Entonces no era raro encontrar vacío el cubo; los prisioneros, medio enloquecidos por la sed, habían bebido su propia orina. Y a veces sucedió que los muros estaban roídos...

Sin embargo, cuando el franciscano Kolbe ingresó en el "bunker de la muerte" sucedió algo que jamás se había dado: los condenados a muerte comenzaron a rezar y a cantar cantos marianos. "El bunker resonaba como una iglesia", recuerda el prisionero Brunon Borgoviec, el cual más tarde recogía los cadáveres.

Pasadas dos semanas, hubo necesidad de la celda 1 S. en la que se encontraba el padre Kolbe, para las próximas víctimas. El 14 de Agosto, bajó el doctor al bloque de los enfermos con una jeringuilla de ácido fenético a la lúgubre pieza y terminó con los cuatro presos que aún vivían. Entre ellos se encontraba Maximiliano Kolbe. Completamente sin fuerzas, estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared. Borgoviec, que sacó los cadáveres, informa: "Su rostro irradiaba de una manera insólita. Sus ojos del todo abiertos fijos en un punto. Toda su actitud era como si estuviera en Dios. Jamás podré olvidar el espectáculo".

El cadáver del padre Kolbe fue incinerado días más tarde en el crematorio de Auschwitz.

El papa Juan Pablo II anteriormente obispo de la diócesis a la que pertenecía su paisano lo canonizó el 10 de Octubre de 1982. Cuarenta y un años después de su muerte. Cinco mil peregrinos polacos asistieron a la solemnidad en la plaza de San Pedro, entre ellos Franciszek Gajowniczek, de ochenta y un años. Entusiasmados aplaudieron cuando el Papa leyó la fórmula tradicional: "Disponemos que el padre Maximiliano Matia Kolbe sea venerado por toda la Iglesia entre los santos mártires. En su muerte, que posee el valor de un amor particular, brilló el testimonio por Cristo y por la dignidad del hombre".

arte

